

ESPECIAL JÓVENES

PARROQUIA NTRA. SRA. REINA DEL CIELO

Nº 18, AÑO VII, 11 de febrero, 2018

EL AMOR GRATUITO DE DIOS A TRAVÉS DE SU HIJO, JESÚS

¿Cuál es la obra de Jesús? ¿Qué hizo Jesús? Sencillamente, amar incondicionalmente. Así nos revela Jesús la verdadera imagen de Dios. Dios es Padre, porque ama incondicionalmente a los hombres.

La creación surge de la voluntad de Dios de encontrar un lugar fuera de Sí mismo en el que poder poner su amor. Ese es su fin y su sentido: que Dios ponga en la creación su amor y la creación pueda corresponder libremente al amor de Dios. Ahí está el sentido de la historia, el sentido de la creación y el sentido de la vida humana: el amor de Dios que se regala libremente y que espera ser correspondido también libremente.

Todo amor se da, se entrega, esperando ser correspondido. Pero se da aunque no sea correspondido. Por eso el verdadero amor es siempre incondicional. En el momento en que el amor, al no ser correspondido, deja de darse, ha dejado de ser amor y se ha convertido en egoísmo. Así pues, lo que se juega en la historia es la correspondencia de la humanidad al amor libre y gratuito de Dios.

La vida de Jesús es, pues, realizar la voluntad del Padre. O sea, corresponder al amor del Padre. Ser hombre consiste, pues, exactamente en esto: en corresponder al amor gratuito de Dios. «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Así dicho, la frase no parece tener mucho sentido. ¿Es posible ser perfectos como Dios? ¿Dónde está nuestra perfección análoga a la perfección divina? ¿Cómo se nos puede invitar a ser



perfectos como Dios? Hay que leer la línea siguiente: «El Padre celestial hace salir su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores». Dios no hace que llueva sobre el campo de los buenos y deje de llover sobre el campo de los malos. Dios no hace que salga el sol sobre los que van a misa el domingo y no salga sobre los que no van a misa, sino que el amor de Dios es incondicionado. Ama a justos e injustos, a buenos y malos. Ésa es la imagen de Dios que reproduce Jesús. Y ésa es la perfección de Dios que nosotros tenemos que imitar.

Dice la Carta a los Hebreos que Jesús es igual en todo a nosotros menos en el pecado (Hebr 4,15). A alguien se le puede ocurrir quizá una objeción: ¿Jesús es verdaderamente hombre sin pecar? ¿No es el pecado, el egoísmo, la injusticia, algo tan nuestro que no podemos prescindir de ello, hasta el punto de que el hombre sin pecado no sería ya de verdad un hombre con todas las de la ley? La verdad es exactamente al revés.

El pecado es lo que nos impide ser hombres cabales, es lo que hace que seamos hombres imperfectos. Consigue que no realicemos correctamente nuestra propia naturaleza, nuestra propia esencia, nuestro propio ser. Porque nuestro ser hombres consiste en corresponder libre y gratuitamente al amor gratuito que Dios nos tiene, y pecar es, precisamente, dejar de corresponder a ese amor. En la medida en que somos pecadores somos menos personas humanas, menos hombres. Por eso Jesús es el hombre más perfecto, porque no pecó nunca.

El Concilio Vaticano II, dice: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado». ¿Qué somos?, ¿para qué estamos aquí?, ¿cuál es nuestro sentido? Estas preguntas sólo se pueden resolver desde el misterio de Cristo.

La Divinidad ha asumido nuestro ser de creaturas. Cada vez que yo me relaciono con Dios, lo hago en la creación. Por eso puede decir S. Juan en su Primera Carta (4,20): **«quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve».**

Texto tomado del libro de José-Ramón Busto Saiz: Cristología para empezar.